

Selección de textos para Tema V:

1. PLUTARCO nos deja en su *Vida de Cimón* (10, 6-8) unas pinceladas de la categoría humana de este personaje y de su honestidad en la vida pública; contribuyó desinteresadamente al bien común con todos sus bienes, sin que se le pudiera acusar de populista, pues era partidario de un régimen aristocrático de corte espartano:

“La generosidad de Cimón superó la antigua hospitalidad y filantropía de los atenienses. Pues ellos, además de otras cosas por las que la ciudad se enorgullece justamente, difundieron entre los griegos la siembra del alimento y enseñaron a los hombres que carecían de ello a canalizar las aguas de las fuentes y a encender fuego, pero él, al convertir su casa en pritaneo común para los ciudadanos y permitir a los extranjeros que se sirvieran de las primicias de los frutos disponibles en su tierra y que tomaran cuantas cosas hermosas producen las estaciones, de alguna manera trajo de nuevo a la vida la mítica comunidad de tiempos de Crono. Los que atacaban esto como si se tratara de adulación de la multitud y de demagogia se veían refutados por el resto de las opciones tomadas por este hombre, pues eran de orientación aristocrática y lacónica, y él junto con Arístides se opuso a Temístocles, que exaltaba la democracia más allá de lo debido, y luego se alineó frente a Efiálfes cuando, para complacencia del pueblo, disolvió el consejo del Areópago, y a pesar de ver que todos los demás salvo Arístides y Efiálfes se enriquecían con los ingresos públicos, se mantuvo incorrupto y libre de soborno en la vida política actuando y hablando hasta el final gratuita y limpiamente”.

2. GORGIAS realiza en la *Defensa de Palamedes* un discurso judicial en el que se adorna con su buena retórica. Aunque lo que está en juego es la condena a muerte del acusado, cuyo supuesto delito es la traición a Grecia, esto no le importa en su exposición, pues la muerte nos llegará a todos tarde o temprano, como algo natural. Lo que le preocupa es que esa muerte sea con deshonra y, aún más, que tal deshonra sea injusta:

“Y de esto se trata cuando los hombres a un hombre juzgan de muerte, lo cual sucede ahora entre nosotros. Ciertamente, si fuera posible que a través de las palabras la verdad de los hechos fuera limpia y clara a los que oyen, asequible sería el juicio ya por lo dicho; pero ya que esto no es así, custodiad mi cuerpo y aguardad por más tiempo, realizad el juicio con la verdad. Sin duda, para vosotros, al manifestar injustos una opinión, es grande el peligro de perder una y adquirir la otra. Para los buenos hombres es más deseable la muerte que una fama vergonzosa, ya que aquello es el fin de la vida, y esto, enfermedad de la vida. Si injustamente me condenáis a muerte, a muchos será evidente, pues yo no soy desconocido, y la ineptitud evidente de vosotros será conocida por todos los griegos. Y ante todos, vosotros tendréis la culpa evidente de la injusticia, no el acusador, ya que en vosotros está el cumplimiento del derecho. No existirá un error mayor que éste, pues habiendo juzgado injustamente, no sólo erraréis contra mí y contra mis padres, sino que vosotros mismos seréis conscientes de haber realizado una terrible, impía, injusta e ilegal acción, de haber matado a un varón compañero de armas, útil a vosotros, benefactor de Grecia, griegos a un griego, habiendo demostrado ninguna evidente injusticia ni fidedigna causa”.¹

¹ Gorgias, *Defensa de Palamedes*, 34-36, en *Gorgias. Fragmentos*, cit., p. 25. La fuerza de los votos puede ser determinante para el veredicto, pero no convierte en justo lo que de por sí no lo es.

3. Pensamiento de TRASÍMACO, ideas principales (PLATÓN, *República*, 343b1-344c9):

“Porque piensas que los pastores o los boyeros miran por el bien de las ovejas o de las vacas, y las ceban y cuidan de ellas tendiendo a otro fin que no sea la conveniencia de sus dueños o la de sí mismos, y que, igualmente, los gobernantes en las ciudades, los que de verdad gobiernan, tienen una idea respecto de sus súbditos, y otra con relación al modo de gobernar sus ovejas, así como que examinan de día y de noche otra cosa que no sea la consecución de su provecho personal. Estás tan lejos de llegar al conocimiento de lo justo y de la justicia y de lo injusto y de la injusticia, que no sabes que la justicia y lo justo es en realidad un bien extraño, conveniente para el más fuerte y para el gobernante, familiar y perjudicial para el que vive sometido y obedece órdenes, y que la injusticia es lo contrario y ejerce el gobierno sobre los verdaderamente sencillos y justos, pues son los gobernados los que realizan lo que conviene al más fuerte y le hacen feliz prestándole su servicio, sin que de ningún modo se beneficien a sí mismos. Así, inocente Sócrates, hay que considerar las cosas: siempre y en todas partes sale peor parado el hombre justo. En primer lugar, en las relaciones mutuas, cuando uno entra en comunidad con otro, nunca hallarás que al disolverse la sociedad el justo posea más que el injusto, sino menos. Luego, en los asuntos públicos, cuando hay que satisfacer algunas contribuciones, es el justo, aun con los mismos bienes, el que tributa más y menos el injusto; pero cuando se trata de recibir, el primero no obtiene ganancia alguna, y grande en cambio el segundo. Y cuando uno de los dos se hace cargo del gobierno, le ocurre al justo, si no otra pena mayor, el que sus asuntos domésticos queden por completo abandonados, al no poder obtener beneficio de la cosa pública por ser justo, y además el verse aborrecido por sus parientes y amigos, que no le perdonarán el no haberles procurado ayuda por no violentar la justicia; al injusto, sin embargo, le acontece exactamente todo lo contrario. Y al decir esto, me refiero al que antes nombraba, es decir, al que disfruta de un gran poder; considéralo con atención, si quieres llegar a discernir cuánto más le conviene, por su propio interés, ser injusto que justo. Y lo conocerás todavía mejor si tu punto de vista se fija en la injusticia extrema, la que hace más feliz al más injusto, y más desgraciados a los que padecen la injusticia y son incapaces de cometerla. No otra cosa es la tiranía, que arrebató lo ajeno, furtiva y descaradamente, sin consideración a su carácter sagrado o profano, privado o público, y no llevándose en pequeñas partes, sino en su totalidad. Cuando alguno es cogido in fraganti por haber cometido fraudes análogos, entonces se le castiga y recibe los mayores denuestos, porque se les llama sacrílegos, mercaderes, horadores de paredes, despojadores y ladrones a todos aquellos que faltan a la justicia de alguna manera. Pero si alguien además de las riquezas de los ciudadanos, los somete y los reduce a la esclavitud a ellos mismos, es llamado dichoso y feliz en lugar de aplicarle esos nombres deshonorables, y no sólo por los ciudadanos, sino incluso por cuantos tienen conocimiento de la plena realización de su injusticia; ya que quienes reprochan la injusticia no lo hacen porque teman cometerla, sino por miedo a sufrirla. Y así, Sócrates, la injusticia, llevada a su punto máximo, es más fuerte, más libre y más poderosa que la justicia, y, como decía al principio, lo justo resulta ser lo que conviene al más fuerte, y lo injusto, en cambio, lo ventajoso y conveniente para uno mismo”.

4. DIONISIO DE HALICARNASO recogió en su *Obras retóricas* algunos discursos de personajes de relieve de la vida pública ateniense. Entre estos discursos figura el

XXXIV de LISIAS², pronunciado tras la caída de los Treinta Tiranos y en plena discusión sobre el modelo democrático que debía reinstaurarse en Atenas; se discute si debe otorgarse la ciudadanía ateniense a todos los ciudadanos o sólo a los que poseen tierras, como proponen los oligarcas y los espartanos:

“Yo desde luego, atenienses, que no me veo excluido ‘ni por mi hacienda’ ni por mi nacimiento, sino que en ambas cuestiones estoy por delante de mis contrincantes, creo que ésta es la única salvación para la ciudad, que todos los atenienses tengan participación en la ciudadanía, puesto que cuando tuvimos los muros y las naves, dinero y aliados, no sólo no pensamos que rechazaríamos a ningún ateniense, sino que hicimos un pacto de matrimonio con los eubeos; ¿[pero ahora] vamos a excluir a los que ya son ciudadanos? No, si a mí me hacéis caso, ni siquiera después de los muros nos vamos a privar a nosotros mismos también de esto, de muchos hoplitas, caballeros y arqueros, pues si vosotros los mantenéis, conservaréis con fuerza el sistema democrático, tendréis más poder sobre los enemigos y seréis más útiles para los aliados; sabéis en efecto que en las oligarquía que ha habido entre nosotros no fueron los que poseían tierras quienes controlaron la ciudad, sino que muchos de ellos murieron y muchos fueron expulsados de la ciudad. Al hacerlos volver el pueblo os restituyó la vuestra, pero no se atrevió a tomar parte en ella. De modo que, si a mí me hacéis caso, no privaréis de la patria a vuestros benefactores, en tanto que podáis, ni consideraréis más dignas de crédito las palabras que los hechos, ni el futuro que el pasado, recordando por otra parte a los que combatieron por la oligarquía, que de palabra hacen la guerra al pueblo, pero de hecho ambicionan vuestras cosas; y las conseguirán, en cuanto os encuentren privados de aliados.

¿Y encima, con la situación que tenemos, preguntan cuál va a ser la salvación para la ciudad, si no hacemos [lo que] mandan los lacedemonios? Por mi parte pretendo que sean ellos quienes digan qué quedaría a la multitud si hacemos lo que ellos ordenan. Si es que no, será mucho más hermoso morir combatiendo que condenarnos a muerte claramente a nosotros mismos. Pues creo que, si os convenzo, [el] peligro será común para unos y otros... Teníamos, atenienses, también nosotros esta opinión, cuando mandábamos en los griegos, y creíamos decidir de modo excelente cuando veíamos con indiferencia que devastaran la tierra, sin creer que fuera preciso combatir por ella, pues era preferible para salvar muchos bienes despreocuparse de pocos. Pero ahora, ya que en combate nos hemos visto privados de todos aquéllos, pero nos queda la patria, sabemos que sólo este riesgo lleva consigo las esperanzas de salvación. Sin embargo, es preciso, al recordar que ya cuando acudíamos en ayuda de otros que eran víctima de la injusticia erigimos en tierra ajena muchos trofeos sobre los enemigos, que seamos nobles en relación con la patria y con nosotros mismos, con confianza en los dioses y esperanzas de que en relación con la justicia estén con las víctimas de la injusticia. Sería terrible, atenienses, si, después de haber combatido a los lacedemonios para volver cuando estábamos exiliados, tras haber vuelto vamos a exiliarnos para no combatir. ¿No sería vergonzoso si llegáramos a tal punto de vileza que, mientras los antepasados se arriesgaban por la libertad de los demás, vosotros ni por la vuestra os atrevierais a combatir?”³

² Lisias fue un orador ateniense, aunque sus padres no habían nacido en Atenas, perteneciente a las clases adineradas y que defiende los intereses de los que se encuentran en su situación y rechaza la limitación de la ciudadanía.

³ Trad. de D. Plácido en *Grecia clásica*, cit., pp. 392-393.